

# EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

---

Año I.

Sábado 9 Junio 1906.

Núm. 23.

---

## PROTESTA

Ajena nuestra humilde revista á las luchas de los hombres; atenta sólo á cumplir con los deseos de Ntro. Smo. Padre Pío X, alentando á unos é instruyendo á otros en las sanas Doctrinas Católicas, procurando *restaurar todas las cosas en Cristo* por medio de la enseñanza de la Doctrina Cristiana, compendio de las de Nuestro Divino Salvador, no podemos menos, sin embargo, de levantar hoy nuestra voz y adherirnos á la universal protesta elevada por todas las almas bien nacidas contra el criminal atentado que en Madrid tuvo lugar el día 31 del pasado Mayo.

Sólo un corazón de fiera podía pretender en ese día turbar la paz y felicidad de los recién desposados, llenando al mismo tiempo de luto honrados hogares y sembrando la inquietud y malestar en muchas familias que buscaban una tregua de descanso, entre la multitud de los cuidados y pesares de esta vida.

No hallamos palabra adecuada con qué calificar tal acción; pero, dada la índole de nuestra Revista, la detestamos y anatematizamos con toda la fuerza de nuestra alma, persuadidos más y más de que entre todos los medios que pudieran emplearse para combatir el anarquismo, el principal de todos es la enseñanza de la Doctrina Cristiana en la familia, en los talleres, en las escuelas y en toda ocasión y todo tiempo.

Elevamos nuestros ojos al cielo en acción de gracias por haber sido milagrosamente salvados nuestros augustos Monarcas del gran peligro que les amenazó: dedicamos una oración ferviente por las almas de los que fueron víctimas de tan incalificable atentado y pedimos al Señor, á semejanza de lo que para sí pedía

el ciego de Jericó, que abra los ojos á tantos que los tienen cerrados á la verdadera luz y á las Doctrinas de la Iglesia, para que de una vez comprendan que sólo las enseñanzas de ésta, que son las de Jesucristo, pueden hacer la dicha y la felicidad de los pueblos.

---

## Catequística.

---

(Continuación).

En segundo lugar, ó sea, después de las profecías, parécenos bien examinar el público reconocimiento que el Padre, hasta por tres veces, hace de Jesucristo, como Hijo natural suyo.

Tuvo lugar el primero de estos reconocimientos en las orillas del río Jordán, cuando Jesucristo se presentó á recibir el bautismo de manos de su primo San Juan Bautista. «Al punto que fué bautizado Jesús, nos dicen San Mateo, San Marcos y San Lucas, se abrieron los cielos, bajó sobre El el Espíritu Santo en forma de paloma, y se oyó una voz del cielo que decía: «Este es mi Hijo amado, en el cual me complazco» (1).

Este testimonio del Padre, reconociendo á su divino Hijo en Jesús, que acababa de ser bautizado, fué por todo extremo solemne. Pues hizo Dios el milagro de abrir los cielos, el de enviar al Espíritu Santo en forma corporal de paloma, y, por último, el de pronunciar sensiblemente aquella sonora voz con que declaró que Jesús era su Hijo muy amado. Además se realizó el tal testimonio ante numeroso público, porque, según nos dice San Lucas, no sólo estaba allí el Bautista con sus ya numerosos discípulos, mas también una abundante multitud del pueblo, y por todos fué muy claramente oída la voz de Dios que á Jesucristo llamaba su Hijo.

El segundo reconocimiento verificóse en la cumbre del monte Tabor en el admirable momento de la Transfiguración de Jesús. Cuando San Pedro, entusiasmado con la esplendorosa glorificación de su divino Maestro, estaba diciéndole: «Señor, bueno es que permanezcamos aquí. Si quieres, hagamos en este sitio tres tabernáculos, uno para Ti, otro para Moisés y otro para Elías»;

---

(1) Mat., cap. 3, vers. 16 y 17; Luc., cap. 3, vers. 21 y 22; y Mar., 1, 10 y 11.

entonces, dice el Sagrado Texto, estando aún Pedro hablando, he ahí que los envolvió una trasparente nube. Y una voz salió del medio de la nube, diciendo: «Este es mi Hijo amado, en el cual me complazco mucho: Oidle» (1). También aquí solemnizó el Señor con milagros el público reconocimiento de su amado Hijo; pues, además de la transfiguración del cuerpo de Este, cuyo rostro se volvió resplandeciente como el sol, y cuyos vestidos adquirieron instantáneamente la blancura de la nieve, hubo la milagrosa aparición de Moisés, como representante de la antigua Ley, y la de Elías, representante de los Profetas; hubo la milagrosa formación de la reluciente nube; y hubo, por fin, la voz del cielo. Los testigos no eran tampoco escasos en número; pues allí vinieron Moisés y Elías, y allí acompañaban á Jesús tres de sus discípulos: San Pedro, Santiago y San Juan.

San Pedro, en su segunda carta, hace pública ostentación de la grandeza manifestada por Jesucristo en el momento de ser transfigurado. Así dice á los primeros cristianos: «No os manifestamos la virtud de Nuestro Señor Jesucristo, siguiendo para ello el contenido de doctas fábulas, sinó porque fuimos contempladores de aquella su grandeza. Pues le vimos recibir de Dios Padre honor y gloria, habiendo bajado sobre El desde la gloriosa magnificencia esta voz: «Este es mi amado Hijo, en quien tengo mis complacencias: Oidle». Y esta voz la oímos nosotros que fué enviada del cielo, cuando estábamos con El en el monte Santo» (2).

Mas, aunque no hubiera habido tantos testigos y aunque éstos no hubieran dado de la voz del Padre tan público testimonio, bastábanos para nuestro propósito que lo dijera un solo Evangelista, inspirado por la infinita sabiduría del Espíritu Santo. Y lo dicen, no uno solo, sinó varios Evangelistas y otros sagrados Escritores.

El tercer reconocimiento público que Dios hizo de su Hijo Jesucristo, fué en medio del templo en aquel memorable día en que hizo Jesús su entrada solemne en Jerusalén, pocos días antes de la celebración de la Pascua y de su pasión y muerte. Estando en el templo, rodeado de una inmensa multitud de sacerdotes, de fariseos, de judíos y de gentiles, se dirige Jesús en oración á su Padre en esta forma: «Padre, sálvame de esta hora; pues por esto he lle-

(1) Mat., cap. 17, vers. 4.<sup>o</sup> y 5.<sup>o</sup>

(2) 2.<sup>a</sup> Cart. de S. Pedro, cap. 1.<sup>o</sup>, vers. 16 al 18.

gado á la hora presente. Padre, glorifica tu nombre. Vino, pues, dice el Evangelista, una voz del cielo, que decía: Yo lo glorifiqué, y aun lo glorificaré. La turba que estaba presente y lo había oído decía que había estallado un trueno. Otros decían: Es que le ha hablado el Angel. Jesucristo respondió y les dijo: No ha venido por necesidad mía esta vez, sinó por vosotros» (1). Esto es, para que creáis que soy el Hijo de Dios, y que cuando fuere levantado de la tierra en el árbol de la cruz, traeré hacia mí todas las cosas.

No ha habido aquí más que un milagro, el de la voz del cielo, hecho por el Padre para reconocer la divina filiación de su Hijo, Jesús; pero, por razón de los que lo han presenciado ha sido el más público y más solemne testimonio. Pues fué en el día de las Palmas ó Ramos, en el cual día iban acompañando á Jesucristo innumerables personas del pueblo judío; y, como estaba cerca la Pascua, habían venido ya muchos de todos los pueblos cercanos, y aun también de los pueblos gentiles, pues en éste día fué cuando varios gentiles que querían ver á Jesús, se valieron para ello de San Felipe y de San Andrés. Tanta era la multitud que había venido á ver á Jesús y á Lázaro resucitado, que se llenaron de desesperación los fariseos, y decían entre sí: «Ved, que nada adelantamos: Ahí tenéis que todo el mundo marcha en pos de El», en pos de Jesucristo. Pues, á pesar de ser tantas las personas que oyeron la solemne declaración de que Jesucristo era Hijo de Dios, nadie protestó de aquella declaración, y todos creyeron que la voz del cielo decía la verdad. ¡Tanta era la fuerza de la majestuosa voz del cielo!

Dije antes que en tres ocasiones había declarado solemnemente el Eterno Padre que Jesucristo era su verdadero Hijo; y dije mal, porque no han sido sólo tres, sinó muchas más. En tres ocasiones lo declaró por su propia voz y con terminantes palabras; pero Dios tiene otros muchos medios de manifestar su voluntad y la verdad contenida en su infinita sabiduría. Todas las criaturas están á su disposición y le sirven de lengua para comunicar al hombre sus ideas. Bajo este concepto han sido innumerables las ocasiones en que Dios ha hecho ver con luz meridiana y declarado con mudas, pero elocuentísimas voces, que Jesucristo era verdadero Hijo suyo. De todas esas ocasiones sólo apuntaremos dos;

---

(1) San Juan, cap. 12, vers. 27 al 32.

ambas muy notables por sus circunstancias y más aún por su fondo. Es la primera la Crucifixión del Redentor.

Estando Jesucristo clavado ya en la Cruz y á punto de expirar, llamó varias veces á Dios con el dulce nombre de Padre. Padre mío, dijo, rogando por los que le crucificaban, perdónales este pecado, porque no saben lo que hacen (1); y un poco después volvió á decir: Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu» (2). Pues bien; aunque en esta ocasión nada dijo el Padre de palabra, muy claramente dió á conocer que aceptaba aquella eterna paternidad del Justo que entonces expiraba en la Cruz. Sinó, decidme: ¿Que significa el obscurecimiento del sol? ¿Qué la sangre con que se tiñó la luna? ¿Qué las tinieblas que cubrieron toda la tierra? ¿Qué el romperse las piedras? ¿Qué la rasgadura del velo del Templo? ¿Qué, por fin, el abrirse los sepulcros, con otras extraordinarias cosas que en tal momento sucedieron? Muy ciego ha de estar quien no vea que todo ello era manifestación de la paternidad de Dios respecto de aquel Cristo, que moría enclavado á la Cruz.

La otra ocasión, en que con sus obras dió el Padre testimonio solemne sobre la filiación de su Hijo Jesucristo, fué el día de Pentecostés.

Con harta frecuencia había dicho el divino Maestro á sus discípulos que convenía que El fuera al Padre, pero que no los dejaría huérfanos; antes bien, pediría al Padre que les mandase otro Paráclito, esto es, al Espíritu Santo. «Yo rogaré á mi Padre, les dijo: y os dará otro Paráclito, para que permanezca eternamente con vosotros» (3).

Pues bien: Jesucristo cumplió su palabra de rogar á su Padre que mandase al Espíritu Santo sobre los Apóstoles, y el Padre accedió á los ruegos de su Hijo, enviando de aquella manera inefable y solemnísimá que todos sabemos al Espíritu Santo en el día de Pentecostés, sobre las cabezas de los Apóstoles, en forma de lenguas de fuego, y otorgándoles el don maravilloso de hablar y de entender todas las lenguas entonces conocidas.

Y esto ¿qué nos prueba? Pruébanos con toda lumbre que, así

(1). San Luc., capt. 23, ver. 34.

(2) Id. id., vers. 46.

(3) San Juan, en varios lugares, especialmente en el cap. 14 de su Evangelio.

como Jesucristo tuvo y reconoció á Dios por Padre, así Dios reconoció pública y solemnemente á Jesús por su propio Hijo. Y, como Dios no puede reconocer por verdadero y natural Hijo al que no lo sea en realidad, sale por consecuencia derecha que realmente Jesucristo es Hijo natural de Dios.

(Continuará).



## Reflexiones sobre el Evangelio.

### Dominica I después de Pentecostés

*Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.* Esta es la lección que nos da el Santo Evangelio de la presente Dominica; lección admirable en sencillez tanto como en expresión de conceptos.

Grande en extremo ha sido la misericordia de Dios nuestro Señor, pues, aunque en El todos sus atributos y divinas perfecciones son iguales, sin embargo, en orden á los efectos en que resplandecen, muéstranse unas mayores que otras: por eso dijo David que *las miserecordias del Señor son sobre todas sus obras*, porque muchas y muy más excelentes obras hizo Dios para perdonar que para castigar con justicia. Aun en estas últimas usa Dios con los castigados de gran misericordia, cumpliéndose aquello del Real Profeta. *¿Por ventura se olvidará Dios de tener misericordia, ó detendrá sus misericordias con su ira?* De aquí es que siempre la misericordia es como el fin de la justicia divina; pues los castigos de Dios se ordenan para que el castigado se enmiende, ó á lo menos otros que presencian el castigo y se acogen al seno de su misericordia.

Pero de una manera especial ejerce Dios su misericordia con los pobres pecadores; *pues disimula los pecados por la penitencia*, y á todas horas nos llama, diciéndonos: *Venid y acusadme: si fuesen vuestros pecados como la grana, como nieve serán emblanquecidos; y si fuesen rojos como el carmesí, como lana blanca serán.* Sin embargo, precede á estas palabras otra exhortación en la que nos dice: *Aprended á hacer bien: buscad lo justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, defended á la viuda.* Es decir, que para alcanzar misericordia del Señor hemos de ser nos-

otros misericordiosos; pues sólo bajo esta condición nos alcanzará esta bienaventuranza del Señor.

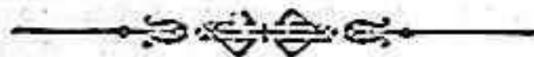
*Misericordia con nuestros enemigos.* Quien odia á otro y le desea ó vuelve mal por mal, no espere perdón de Dios. ¿Dices que no merece tu enemigo el perdón? ¡Pero si éste no se te pide porque él lo merezca, sino porque lo manda Dios, y te lo exige como condición para perdonarte El á ti! ¿Te cuesta mucho? Más costó á Jesucristo morir por ti. Si el otro no te da satisfacción cumplida del agravio que te hizo, no le perdonará Dios; pero no por eso te perdonará á ti si antes no perdonases tú á tu enemigo. Admirables ejemplos de perdón encontramos en los libros sagrados. Ved si no, la conducta de José con sus hermanos, que le habían vendido, y la de David con Saul, que le buscaba para matarle. Admirable es también la conducta de San Esteban con los que le apedreaban, y sobre todos es admirable Jesús con el traidor Judas, con el siervo del Pontífice que le dió una bofetada, y en general con todos sus enemigos, cuando estaba pendiente de la Cruz. Perdonemos, pues, á nuestros enemigos. Bajo esta condición nos enseñó el Salvador á pedir á Dios perdón: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*

*Misericordia con los ignorantes.* Es una de las obras de misericordia espirituales enseñar al que no sabe. Y hay verdades que importa saberlas tanto como salvarse. ¿No es sensible ver que muchos ignoran las principales verdades de nuestra Religión, tal vez hasta lo absolutamente necesario para alcanzar la vida eterna? Hace falta mucho catecismo, y no será exagerado el decir que es la obra más grande de misericordia. Y aunque es verdad que esta manera de ejercerla es más propia del sacerdote, en manera alguna se han de creer dispensados los demás, so pena de haber perdido ese sentimiento de caridad que arranca del corazón católico una lágrima de compasión para los infelices desgraciados. ¿No podéis enseñar el catecismo? Contribuid al menos con vuestras limosnas, y de este modo ejerceréis esta obra de misericordia, la más grande y acepta á los ojos de Dios y en la que Jesús encontraba sus complacencias cuando decía: *Dejad que los niños se acerquen á mí.* Acercáos también todos, cristianos, al pobre, al necesitado, y no les deis el pan de balde. Haced que se lo ganen siendo dóciles á los consejos y enseñanzas que vuestra piedad os inspire.

*Misericordia con los pobres.* Cuán estrecha sea la obligación

que tenemos de ejercer las obras de Misericordia y hacer limosnas, se infiere de la parábola del mendigo *Lázaro y el Rico avaro*. Aquél no deseaba otra cosa sino alimentarse con las migajas que caían de la mesa del rico, y éste no se las daba. Ambos murieron, y el avaro fué precipitado en los infiernos, desde donde veía á Lázaro que estaba en el seno de Abraham. El mismo Jesucristo se ha disfrazado á veces de pobre, obligando así á dar limosna, como sucedió á San Martín, quien le cedió parte de su capa.

Todos, pues, deben dar limosnas, cada uno á la medida de sus fuerzas. Suelen excusarse muchos con que algunos de los que piden, tienen más dinero que ellos. Podrá ser verdad; pero también hay muchos necesitados á quienes privas de lo necesario por cerrarte en no dar con tan fútil pretexto. Mérito del buen limosnero es dar la limosna con gracia, y así no hay tanto peligro de engaño. Procura conocer á los pobres que socorres. En general prefiere las mujeres á los hombres en quienes son más frecuentes los vicios. Los últimos de todos sean los niños. Deja á éstos si á todos no puedes atender, pues es fácil que en muchos casos en vez de remediar necesidades, causes daños con tu limosna. *Dad y se os dará..... Porque con la misma medida con que midiereis, se os volverá á medir.*



## Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

Ya que hemos trazado el camino que debemos recorrer en el ejercicio de la meditación, conviene exponer algunos avisos, para que los principiantes sepan dirigirse en este camino con más facilidad. Así es, que notaremos algunas reflexiones acerca de lo que pertenece á este medio de santificación.

I.º La oración debe hacerse en la soledad; pues no es fácil el recogimiento cuando estamos en el mundo. Por consiguiente, procuremos estar en un lugar retirado, en donde no oigamos el ruido de la calle, ni tengamos ante nuestra vista objetos que nos distraigan. Por lo cual, es muy conveniente cerrar los ojos mientras meditamos, ó fijarlos en un crucifijo. De cuánta importancia

es la soledad, lo dice Santa Teresa (1): «Gran cosa es la soledad para personas de oración».

2.º El tiempo más á propósito para meditar es el de las primeras horas de la mañana, porque el alma está más desligada de afectos terrenos, y el entendimiento con más claridad para profundizar en las verdades. No quiere esto decir, que no puede tenerse la meditación en otras horas. También el silencio de la noche convida á orar.

3.º Cuando en el cuerpo de la meditación advirtamos que el entendimiento ha pasado de un punto á otro sin nuestra intención, y el alma se encuentra abismada en la contemplación de una verdad ó de un paso, estad quietos el tiempo que dure tal contemplación, y no queráis mudar de objeto. Ganaréis mucho si así lo hacéis.

4.º No se haga la meditación con gran esfuerzo del entendimiento, sino procúrese discurrir con suavidad, y Dios suplirá lo que en nosotros falte. El principal trabajo ha de ser de la voluntad. Así es, que si alguna vez ocurre que inmediatamente después de leer el punto de meditación, experimentáis en el corazón deseos de actos divinamente amorosos, no sujetéis el entendimiento. Dejad al corazón que se dilate, abridlo á Dios y entregaos á los actos del amor más ferviente, dejad que las lágrimas broten de vuestros ojos y que corran con abundancia. Mas conviene notar que no siempre la abundancia de lágrimas indica que el fruto de la oración es mayor que cuando no las hay; porque sucede algunas veces, que las lágrimas son efecto de una devoción sensible ó accidental, y no de devoción sustancial. Las mujeres, especialmente, tienen estas lágrimas. Por tanto, *lo que siempre debemos procurar es la determinación de nuestra voluntad para hacer lo que Dios quiere.*

5.º Otro aviso de gran importancia, sobre todo para los que comienzan este ejercicio de la meditación, es que no desmayen cuando el Señor da sequedad al alma. No crean que falta mérito en la oración si no experimentan dulzuras. Al contrario, si nosotros, viéndonos con aridez de espíritu, nos ponemos en presencia de Dios con humildad y practicamos la meditación según nuestras fuerzas, el Señor reconoce mérito superior en nuestra obra, porque ve al alma ocuparse en El, no por gozar las dulzuras del

(1) *Cam. de Perf.*, cap. VI.

espíritu, sino por cumplir la voluntad de Aquel, que es su Dueño. «Tengo por lo mejor, dice la Doctora Mística (1), que nos pongamos delante del Señor y miremos su misericordia y grandeza, y nuestra bajeza; y dénos El lo que quisiere, siquiera haya agua, siquiera sequedad. El sabe mejor lo que nos conviene».

Aun pudiéramos hacer algunas otras observaciones para el ejercicio de la oración mental, pero como creemos suficientes las que hemos indicado, al dirigirnos á principiantes, desistimos. Lo que hace falta es que muchos, abandonando prejuicios mundanos y saltando por encima de su indolencia censurable, tengan valor para decidirse á poner en práctica este ejercicio de la meditación. Comiencen y experimentarán una transformación en su espíritu. Y aunque la doctrina expuesta sea insuficiente para dirigir á las almas á las últimas moradas, de que habla la Seráfica Doctora, no desconfiéis. El Espíritu Santo os iluminará en el camino de la oración, y podréis con planta segura subir por todas las gradas hasta la cúspide de la oración más elevada, y beber las dulzuras inefables del Océano del bien, hasta embriagaros con el vino de su amor.

(Continuará).

## CUENTO

### Respeto humano

Llevo tres cuartos de hora con las cuartillas sobre la mesa, el título puesto, rascándome con el palillero en la cabeza que, como sabrán ustedes, no es acción muy urbana, que digamos, aunque alguna disculpa merezco, pues estoy solo, y nada, no se me viene una idea para un remedio; y el caso está que el cuento ha de salir.

Si cuando me encargaron de esta sección hubiera mandado á paseo á los encargantes, no me serían tan cargantes ahora; pero, en fin, ¡paciencia y barajar!...

—¡Hola! ¡Buenos días!... Chico, ¡qué abstraído estás! contesta al menos; que la palabra de Dios á nadie se le niega... Estás sacando algunos versos y no das con el pie ¿verdad?

—Y menos ahora que has venido tú á meter la pata.

—Si puedo ayudarte...

—Tal vez. ¿Qué me dices del respeto humano?

---

(1) Mor., VI, c. 6.

—Que no tengo el gusto de conocer á ese señor.

—Pues no deja de reinar en el mundo. Por respeto humano las jóvenes asisten á cierta clase de reuniones y espectáculos; por respeto humano los jóvenes...

—Cuidado con lo que dices, que yo no soy viejo.

—..... los jóvenes dejan de ser piadosos; por respeto humano los grandes no mandan lo que deben mandar; por respeto humano los pequeños no siguen los consejos de los mayores; por respeto humano los hombres no cumplen con la Iglesia; por respeto humano...

—Ora pro nobis.

—¿Te burlas?

—No, hombre; estás diciendo la letanía y contesto. ¿O es que tú crees que yo no rezo por respeto humano?

—Luego ¿ya vas conociendo á dicho caballero?

—Distingo. Si por caballero entiendes á cualquier tío cobarde, lo conozco; de otra manera, no. Me explicaré. Yo creo que ese es un señorito que de todo tiene vergüenza menos de haberla perdido por completo. Me explicaré mejor todavía.—Chico, ¿vienes á Misa?—Dirán que soy un beato.—Chica, ¿por qué no confiesas cada mes?—¿Qué dirán mis amigos!—Volvamos la oración por pasiva:—Chico, ¿vienes á los toros?

—Vamos á los toros,  
vamos sin tardar,  
porque Machaquito  
va á poner un par...

de banderillas.—Chica, ¿vamos al baile?—Como gustes.—¿Lo quieres más claro todavía? Pues más claro, el agua clara.

—O lo que es lo mismo: que para el bien, muchos escrúpulos, mucha prudencia, mucho ¿que dirán?... Y para las mil tonterías de la vida, nada, ancha es Castilla.

—A proposito de «ancha»: ayer pasé por la calle de R., estaba en la puerta I, y le dije «venga Ud. con Dios, peaso de sielo, que cuando Ud. mira se sonríen jasta los sipreses der sementerio». Y ¿sabes qué me dijo? «¡Ay, Jesús qué imprudente! ¿En qué plato hemos comido juntos?»

—Y llevaba razón.

—Convenidos, pero voy al caso. A la noche dió una *soiree*, ó como se diga, la condesa de la Hambre, y fué I, y fuí yo y le dije lo que me dió la gana, y bailé con ella lo que quise, y como si tal cosa; y su mamita muy cerca de nosotros más hueca que una pava con pollos. ¿Has visto cosa más original? Pues eso es el respeto humano.

—¿Sabes que me estás sacando de un apuro, y eso que no lo conocías?

—Precisamente porque no lo conozco hablo así. A los que lo

conocer no les digas lo que te acabo de decir, porque se escandalizarán, se rasgarán como Caifás las vestiduras y pondrán el grito en el cielo.

—Es que no me acaba de llenar tu opinión. Yo creo que hay algo en el respeto humano digno de respeto; pues conociendo el corazón se advierte que hay ocasiones en que uno se ve... en fin, no sé como explicarlo. Yo quisiera dar á entender que eso del respeto humano es un fantasma, que no tenemos razón para exclamar: ¿qué dirán?, porque en realidad ó no dirán nada ó, si dicen, lo que digan nos honra.

—Pues nada más fácil. Muchas veces ocurre que omitimos hacer algo bueno por temor al ¿qué dirán? y precisamente nos censuran por aquella omisión, y de otro modo nos hubieran alabado. Prueba al canto. Yo soy un poco despreocupado, ¿verdad? Y hasta para el que no me conozca, algo irreverente. Está muy bien. Viajaba yo una vez en ferrocarril hacia mi tierra, y al comenzar á andar el tren, una joven que había á mi lado se santiguó devotamente. Yo comencé á tirarle puyitas, no ciertamente porque yo ridiculizara de corazón tan cristiana y laudable costumbre, sino por buscar ocasión de hablar con aquella joven, como lo conseguí con gran contentamiento mío. Pero es el caso que una remilgada que se la daba de sabihonda iba en nuestro departamento, y entre mil rodeos y excusas se manifestó escandalizada de mi libertad y poca religión. Yo entonces, que esperaba la coyuntura aquella, le dije: «Señora, está Ud. en su derecho al escandalizarse ó fingirse tal, y yo estoy en el mío al manifestarle que lo estoy también de ver lo poco, lo nada, que ha hecho Ud. por vencer un mísero respeto humano que no tiene en qué fundarse sino en un juicio temerario. ¿Quién le ha dicho á Ud. que yo sea obstáculo para la práctica de la virtud? Y sin embargo, Ud. está retraída por el ¿qué diré yo?... ¿Sabe Ud. lo que digo? Que tengo la costumbre de rezar todas las noches el rosario en familia y van á dar las doce y estoy esperando que alguna de Uds. comience para seguir».

Y la pobre señora se quedó con una cuarta de narices. Ese es el ¿qué dirán? Una de las muchas majaderías de los infinitos majaderos de que está el mundo poblado, y...

—No sigas, chico; por hoy tengo bastante para mi cuento. Otro día recurriré á ti y me sacarás del aprieto. Dios te lo pague.

—Buen pagador es de fijo; pero no termines hoy sin hacer notar que cuando te pregunten ¿qué dirán? debes responder:— ¿Qué dirán en el día del juicio universal á aquellos apocados que contrá su conciencia han sido malos por un miserable y cobarde ¿qué dirán?

## Liturgia.

### DULCE NOMBRE DE JESÚS

Al finalizar nuestro anterior artículo indicábamos á la ligera los grandes misterios que encierra la fiesta de la Epifanía del Señor. El tercero de dicha fiesta nos muestra la consumación de los planes de la misericordia divina, al mismo tiempo que nos *manifiesta* por tercera vez la gloria del divino Niño. La Estrella ha conducido el alma á la fe, el Agua santificada del Jordán le ha conferido la pureza, y, por último, el Festín Nupcial le ha unido á su Dios, y hemos asignado á cada uno de estos misterios su día propio.

De importancia suma es el que se contiene en el del festín nupcial. Preparado éste, la Madre de Jesús lo honra con su presencia; pues era convenientísimo que, habiendo cooperado al misterio de la Encarnación del Verbo, fuera asociada á todas las obras de su Hijo y á todos los favores que prodiga á sus elegidos. A la mitad de este convite falta el vino, la Gentilidad no había conocido hasta entonces el dulce vino de la caridad: la Sinagoga no había producido más que uvas silvestres. Cristo es la *verdadera Vid*, como lo dice El mismo. Sólo Jesús podía dar el *vino que alegra el corazón del hombre* (Psalm. CIII), y ofrecernos para beber el *cáliz embriagador*, de que habla David en su Salmó XXII.

María dice al Salvador: «No tienen vino»; porque á nadie más que á la Madre de Dios toca exponer á su Hijo las necesidades de los hombres, de quien también es Madre. Sin embargo, Jesús responde á su Madre con aparente indiferencia: *Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Aun no ha llegado mi hora.*

Y es porque en este gran misterio va á obrar, no como Hijo de María, sino como Hijo de Dios. Más tarde, es decir, cuando *llegue la hora*, aparecerá á los ojos de su Madre expirando en la Cruz, con la humanidad que de Ella ha recibido. María comprende enseguida la intención divina de su Hijo y pronuncia estas palabras, que, sin cesar, repite á todos sus hijos: *Haced cuanto El os diga.*

Presentan á Jesús los criados seis ánforas llenas de agua, y sacando luego el líquido que contenían, obedeciendo siempre á las órdenes de Jesús, sirvieron de él al maestra sala, que al pro-

barlo, dijo era un excelente vino: vino celestial y nuevo, que no es otra cosa que la caridad divina que tiene su trono en el Sacramento del amor y nos ha sido comunicada, y que para no amminorar su gloria, desposándose Jesús con nuestras almas, las eleva hasta hacerlas dignas de El.

El Evangelista San Juan, encargado de revelar á la Iglesia el misterio de las bodas divinas, se vale de la siguiente expresión: *Este fué el primer milagro de Jesús en Caná de Galilea y MANIFESTÓ su gloria.* En Belén, el oro é incienso de los Magos profetizaron la divinidad y realeza ocultas del Niño; en el Jordán, el descenso del Espíritu Santo, la voz del Padre, proclamaron Hijo de Dios al artesano de Nazaret; en Caná, Jesús mismo obra y lo hace como Dios, «porque, según dice S. Agustín, Aquel que transforma el agua en vino dentro de las ánforas no podía ser otro sino El, que cada año, obra un prodigio semejante en la viña».

No nos debe, pues, extrañar que, en estos últimos tiempos, embriagada la Iglesia de las dulzuras de este festín celestial, queriendo aumentar la alegría y la solemnidad de este día, lo haya elegido con preferencia á cualquier otro para celebrar la gloriosa memoria del Santo Nombre de Jesús. Es el día nupcial el en que el nombre del Esposo resulta también propio de la Esposa, testificando de esta manera que uno á otro se pertenecen. La Iglesia, por tanto, ha querido honrarle con culto especial y unir este grato recuerdo al de las Bodas divinas.

La antigua alianza había rodeado el nombre de Dios de un profundo terror; era para ella este nombre tan temible como santo y el honor de pronunciarlo no pertenecía á todos los hijos de Israel. Dios aun no había sido visto sobre la tierra conversando con los hombres, ni tampoco se había hecho hombre para unirse á nuestra débil naturaleza: no podemos, pues, darle este nombre de amor y de ternura que la Esposa da al Esposo.

Pero cuándo ha llegado la plenitud de los tiempos, cuando el misterio del amor está para aparecer, el nombre de Jesús descendiendo del cielo, como un goce anticipado de la presencia del Señor, que ha de morar con nosotros. El Arcángel dice á María: *Y llamarás su nombre Jesús;* luego Jesús quiere decir *Salvador:* nombre es este verdaderamente divino, que sólo Dios pudo imponer al Salvador del mundo. Nombre venerable que hace doblar la

rodilla y humillarse á toda la grandeza de la tierra. Nombre sacrosanto, que estremece al infierno y pone en fuga á los demonios. Nombre incomparable, pues no hay otro debajo del cielo, en cuya virtud podamos ser salvos.

Tal es, pues, la fuerza y suavidad del Santísimo Nombre de Jesús, que, como anteriormente hemos dicho, fué impuesto al divino Niño en el día de su Circuncisión: pero como el día de la Octava de Navidad está ya consagrado á celebrar la divina Maternidad, y, por otra parte, el misterio del nombre del Cordero exigía una solemnidad propia y exclusiva, he aquí la razón de su institución en este día, segunda Dominica después de Epifanía. El primer promotor de esta festividad fué, en el siglo XV, San Bernardino de Sena, que estableció y propagó la costumbre de representar, rodeado de rayos, el Santo nombre de Jesús por su monograma IHS. No faltaron quienes reprobaran este culto, creyendo, por esta razón, el Papa Martín V, prudente el impedirlo, á lo que el Santo obedeció de buen grado. Pero S. Juan de Capistrano, de la Orden de Frailes menores, como S. Bernardino de Sena, sostuvo denodadamente la excelencia de esta devoción, y obtuvo la aprobación de la Santa Sede. Otro franciscano, Bernardino de Bustio, compuso un oficio que, desechado en un principio, fué después aceptado por Clemente VII é impuesto para su rezo en la fiesta especial que, en honor del dulce Nombre de Jesús, fué concedida por privilegio á toda la Orden de S. Francisco, en los primeros años del siglo XVI.

Roma extendió sucesivamente este favor á diversas iglesias que lo solicitaron: pero aun no había llegado el momento en que este rezo se extendiera á la Iglesia universal. Merced á las reiteradas instancias de Carlos VI, Emperador de Alemania, decretó el Papa Inocencio XIII, en 1721, que la Fiesta del Dulce nombre de Jesús, fuera celebrada en la Iglesia entera, fijándola en la segunda Dominica después de Epifanía, para no separarla mucho de la Circuncisión del Señor, con cuya fiesta tiene conexión muy íntima.



## Noticias generales.

El Soberano Pontífice ha remitido á cada uno de los catorce

Obispos franceses consagrados por él, una fotografía en que los eatorce están retratados en grupo, habiendo escrito al pie y de su puño y letra la siguiente dedicatoria:

«A nuestros Venerables Hermanos elegidos por Nós, y por Nós elevados en este día por medio de una consagración solemne á la plenitud del orden sacerdotal, enviados por Nós para gobernar las diócesis de Francia, privadas de sus pastores, para que, permaneciendo unidos á Nós por el lazo indestructible de la obediencia y de la caridad, trabajen con constante celo, cada uno para el bien de la Iglesia que le ha sido confiada, y á fin de que obtengan de Dios, mediante sus continuas oraciones, el triunfo de la Iglesia católica. En testimonio de nuestra benevolencia y como prenda de consuelos celestiales, les damos de todo corazón la bendición apostólica.

Dado en el Palacio del Vaticano, á 5 de Marzo de 1906.—Pío, Papa X».

\*\*\* El ilustre y sabio fundador de las escuelas del Ave María, D. Andrés Manjón, con objeto de proporcionar la educación á los numerosos niños pobres del barrio de las Vistillas de Granada, ha adquirido un local adecuado para fundar una escuela al estilo de las ya creadas anteriormente por tan virtuoso preceptor.

## Santorial.

Día 10, Domingo I después de Pentecostés. La Santísima Trinidad. Stos. Timoteo, ob. y mr.; Crispulo y Restituto, mrs.; Stas. Oliva, vg. y mr.; Margarita, reina.

Día 11, lunes. Stos. Bernabé, ap. y mr.; Félix y Fortunato, mrs.; Sta. Adelaida, vg.

Día 12, martes. S. Juan de Sahagún, cf.; Basíldes, Cirino, Nabor y Nazario, mrs.; Sta. Antonina, mr.

Día 13, miércoles. S. Antonio de Padua, cf.; San Faudila, mr.; san-

tas Felícula y Aquilina, vírgenes mártires.

Día 14, jueves. SMO. CORPUS CHRISTI. Stos. Basilio, ob.; Eliseo, pf.; Marciano, ob. y mr.; Sta. Digna, vg. y mr.—*Procesión general.*

Día 15, viernes. Stos. Vito, Modesto, Julio y Dulas, mrs.; santas Crescencia, Leonides y Eutropia, mrs.

Día 16, sábado. Stos. Quirico, niño mr.; Stas. Julia y Justina, mrs.; Lutgarda, vg.